



**ZALDUENDO
DE
ALAVA**

H-14183
R-7255

Zalduendo es una elegante villa alavesa. En el catálogo de los pueblos alaveses afectados por el Voto de San Millán, hecho el año 1025, aparece como una aldea de veinte vecinos obligada a contribuir con dos rejas de hierro. Años después, el año 1332, el Rey Alfonso XI al sentenciar un pleito promovido por la Villa de Salvatierra reclamando unas cuantas aldeas, concede la aldea de Zalduendo a esta Villa y la hace así realenga. Por poco tiempo ya que Juan I, cincuenta años más tarde se la entrega a don Pedro López de Ayala, el célebre Canciller, separándola de Salvatierra y convirtiéndose, así en Villa del Señorío de Ayala. Muy preciada debía ser esta posesión ya que cuando al hijo del Canciller, Fernán, el fundador del Hospital de Vitoria, se le casa su hija Constanza con don Pedro Vélez de Guevara, Señor de Oñate, se la regala en dote, pasando así el señorío a la Casa de Guevara, que construyó su palacio en la Villa, según opinión más generalizada en lo que hoy es la morada contigua al frontón, que fue adquirida siglos después por el Ayuntamiento al perder ese destino de palacio, y luego vendida.

Vista desde el camino de Salvatierra, al fondo la iglesia de San Saturnino.



La Condesa enviudó y nombró Gobernador de sus señoríos a don Pedro Pérez de Lazarraga, de Oñate, que se afincó en Zalduendo. Una de sus hijas, María, al casarse con Rodrigo Ochoa de Amezaga, edificó el «Palacio». Así se llama en Zalduendo el magnífico caserón del siglo XVI situado muy próximo a la iglesia. Elegante la portada, con dos descomunales figuras humanas sostenidas a guisa de columnas que enmarcan un magnífico escudo de Lazarraga-Amezaga, que tanta prestancia dan al edificio y que tan bello conjunto forman con la elegante galería de columnas de piedra adornada con pinturas murales de la misma época del Palacio, ahora en vía de restauración por la Diputación Foral de Alava que lo ha adquirido recientemente.



Palacio de los Lazarraga.

Lazarraga y Amezaga esculpieron también sus escudos en los muros de la capilla que fundaron en la parroquia de San Saturnino de la Villa. Iglesia de muy buenas proporciones, con columnas y bóvedas góticas; un coro del renacimiento primorosamente labrado en el misterio de la Encarnación del Señor y, sobre todo, el magnífico retablo de grandes proporciones, muy armónico. Constituye sin duda alguna una joya del renacimiento en la provincia, obra del escultor alavés Pedro de Ayala que dejó en su labor una fina expresión de la vida, prisión y martirio del obispo francés Saturnino, al que se pueden añadir bellas estampas de la Anunciación y Visitación de Nuestra Señora, así como otras de la Pasión de Jesús, una bonita escultura de Santiago peregrino y un buen número de detalles que harían demasiado extensa esta descripción.

Muy cercana se encuentra la hoy denominada Ermita de San Julián, antigua parroquia del pueblo de Aistria desaparecido en la Edad Media. Lo único que hoy queda en pie de tal aldea de Aistria es la parroquia convertida en ermita. Una magnífica ermita románico-bizantina muy conocida en aquella zona. A ella, hasta hace muy pocos años, se acudía el 7 de enero a Misa, celebrando la fiesta del Titular. En ella se reunían los Concejos de Araya y Zaldueño cuando en setiembre de cada quinquenio realizaban la visita de mojones de ese término, común de ambos desde la desaparición de Aistria, y donde celebraban y cumplían así la Concordia desde 1464, hasta hace unos cuarenta o cincuenta. A la ermita acudían de vez en cuando a cumplir una promesa o a bautizar a algún hijo y ponerle el nombre de Julián, si el anterior se le

había muerto, cualquier devoto de cualquiera de los pueblos del contorno y principalmente de Zaldueño que tan cercana la tiene.

En una de las plazas de Zaldueño (o Zaldueño como aparecen en documentos antiguos) se alza un bonito palacio con escudos de los Luzziaga que presta un bello aspecto a esa singular plaza de los olmos. Porque en Zaldueño no hay una, sino tres o, mejor, cuatro plazas. Las Casas Consistoriales se hallan en un buen edificio de piedra sillar sito en la plaza mayor. En la misma plaza en la que se alza una bonita fuente luminosa construída hace unos años a iniciativa y con colaboración de todo el vecindario.

Ermita de San Julián.



En otra se alza un monumento erigido a un hombre singular. Celedón, mito para algunos, personaje para otros es, en opinión de un buen número de personas, el zaldondotarra Celedonio Alzola. En su casa natal colocaron una lápida que lo conmemora y para coronar la obra de rememorar a este ilustre alavés la villa erigió un monumento que lo descubrió solemnemente en la fiesta a él dedicada y que ese año nació hace ahora siete años. Desde entonces se congregan en torno al monumento en esa fiesta, el domingo que precede al 4 de agosto, varios cientos de personas de toda la geografía alavesa que a la vez que dan vivas a Celedón, degustan el buen vino de la Rioja salido del caño de la fuente sito en el mismo monumento en medio de la alegría general, demostrando a la vez lo arraigada que está la idea de que Celedón personifica a todo alavés en fiestas. Por que no solamente es en Vitoria donde se le ve bajar a la plaza el inolvidable cuatro de agosto, sino que ya van siendo varias las localidades que comienzan así sus propias fiestas patronales, tales como Berantevilla, Nanclares de la Oca, Pariza, Elciego, por citar los principales.

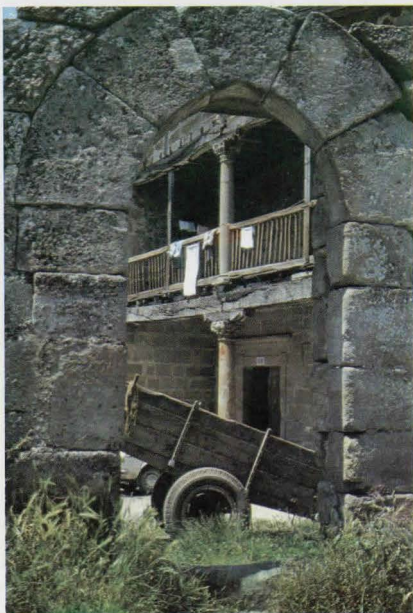
A.T.A
1521

Muy cerca de este monumento a Celedón de Zaldueño es el lugar donde la tarde del domingo de carnestolendas se da fuego a «Marquitos» desde que hace unos años se hizo renacer a los famosísimos carnavales de Zaldueño, expresión viva de lo arraigado que está en la Villa el amor a las tradiciones más significativas del País. Tal y como se realizaba antaño, se dedican los mozos, la víspera del carnaval, a formar un muñeco de trapo y paja ataviado con las ropas que hallan más a mano, lo disfrazan con destreza. Al día siguiente (el domingo) lo presentan al pueblo, lo montan en una caballería y lo pasean por toda la Villa para colgarlo de una lata en la plazoleta existente junto al palacio de Lazarraga. Allí permanece hasta el atardecer. Acude a él todo el pueblo, en una comitiva de lo más significativa. No faltan en ella, el oso, la oveja, el cenicero, el barrendero, el zampazar, el viejo y la vieja (restos del zaldiko o caballo de todos los carnavales vascos) y el predicador montado en un carro metido en una nasa que hará de púlpito.

Llegados al lugar donde está Marquitos, lo descuelgan y la comitiva emprende la marcha por las calles y plazas de la villa cantando y tocando una y mil veces la canción del Carnaval de Zaldueño hasta llegar a la plaza donde lee el predicador las razones por las que hay que condenar a la hoguera al «Marquitos», y así lo hacen en medio del máximo jolgorio. Mientras arde, todo el pueblo se suma a la fiesta y baila y canta formando corro en típica sokadantza alrededor del Carnaval que arde en la «persona» de Marquitos, aumentado con ello las mil y una razones que existen para llegar a Zaldueño seguro de pasarlo bien en toda ocasión, puesto que este pueblo, trabajador y serio, sabe como nadie dar a sus fiestas, San Saturnino, Carnaval, Celedón o la de los Ancianos, la cordialidad más entrañable.

Por algo era Zaldueño tan conocido por tantos y desde hace siglos.

Uno de los bellos rincones de la Villa.



Vista general de la Villa.



- Texto** • J. Jiménez
Fotos • Enrique Martín
Realización • Asociación Cultural Zalduendo
Impresión • IMSO artes gráficas
Vitoriabidea, 14 E int. - Vitoria

Organismo colaborador: Secretariado del Estado de Turismo

Dirección General de Promoción de Turismo